

## La causa y la solución de nuestros problemas

**Grandes borrachos colombianos**  
*Borrachos grecocaldenses* (vol. 1)

PABLO R. ARANGO

Libros Malpensante, Bogotá, 2017, 96 pp.

ESTE PRIMER volumen de *Grandes borrachos colombianos*, además de ser una obra divertidísima alrededor de la “borrachera como una de las bellas artes” — así la nombra Juan Esteban Constaín en la solapa del libro —, me enfrentó en su lectura a una extraña dicotomía. Crónica de taberna alrededor de algunos personajes “grecocaldenses”, el volumen se abre con el prólogo amable que Camilo Jiménez escribe para acercarnos a la pluma de Pablo R. Arango (Bogotá, 1975), así como para ponernos al tanto de los temas redundantes a lo largo de libro: “Platón, el ajedrez, las cantinas, la filosofía, Pensilvania, el Caballero Gaucho, las putas, la ironía, las publicaciones universitarias, los griegos, el guarapazo” (p. 13), y lo justifica anunciando de paso la promesa de un humor que, sin embargo, nos lleva de la anécdota de copas a la cruda culposa, como se verá en la resaca que cierra cada uno de sus capítulos:

Cuando los lectores que gustamos de licores —vaya rodeo para evitar decir *borrachos*— vemos alguna referencia al alcohol en el título o en las señas particulares de un libro, tendemos a buscarlo o al menos a ojearlo, y si está bueno nos lo traemos hasta el colofón en el menor tiempo posible: el equivalente literario del “fondo blanco”. (p. 14)

En el capítulo inicial, Pablo, el profesor de filosofía, empieza por contar-nos de sus rascas. Se trata de un artículo que apareció en la edición 172 de la revista *El Malpensante* (marzo de 2016) y que narra las correrías del autor por Pensilvania, Caldas, “sabrosas y divertidas anécdotas” que saludan a los ebrios insignes del Gran Caldas junto a amigos de aquí y de allá: un libro compuesto por instantáneas muy suyas escritas para unos pocos contertulios, “pendejos que citan a Platón para pedir una media

de aguardiente o hablar de borracheras”. Siguen otros tres capítulos que se abren camino para rendir homenaje a tres figuras “grecocaldenses”: Jorge Iván Cruz, Óscar Castro y Luis Ángel Ramírez, “el Caballero Gaucho”. La cosa referencial chapotea por sus páginas como un accidente de tragos, unas veces cita a Hobbes, otras a Kant, Borges, Kierkegaard, Joseph Roth, más adelante a Gramsci o Bacon, aunque en esencia lo haga sin mayor pretensión; eso sí, lo que mueve en realidad este libro será siempre la necesidad de nombrar a los amigos, brindar por ellos, recordarles que alguna vez pertenecieron a su cofradía de borrachos, y hablar de la bebeta desde sus lagunas y trompicones. Entonces empieza el stand-up:

Nosotros, en cambio, ignorantes, perdidos y avergonzados de lo que somos, siempre bebemos hasta la inconsciencia, no para estimular el pensamiento sino para suprimirlo. Es como si la conciencia fuera, ante todo, un problema o, mejor, la fuente de todos los problemas. Como no conocíamos la templanza, el justo medio de los griegos, los habitantes del pueblo nos dividíamos entre el extremo de los borrachos impenitentes, como yo, y el de los abstemios absolutos, como mi papá. Él me veía a mí con el mismo asombro que yo a él. Yo me preguntaba: ¿por Dios!, ¿cómo hace para no beber? (p. 21)

Al final de su texto personal, Arango deja una reflexión de dudoso humor que parece más la confesión de un exalcohólico rezando como casetera vieja aquello de los doce pasos:

En el caso de los que creemos haber dejado el alcohol sin depender de la religión o alguno de sus sustitutos (por ejemplo, el programa de Alcohólicos Anónimos), la historia que nos contamos en lo que consideramos la lucidez de la desesperanza es más o menos esta: primero el sacudón, los ramalazos del trago y la lujuria justo cuando se abre paso en la vida. (p. 37)

Después viene la desesperanza y una afirmación que deja en el aire todo su texto: “[...] luego el caos y la confusión y, finalmente, la quietud cansina de quien creyó descubrir el secreto fundamental de la vida, a sa-

ber: que no había ningún secreto y no era necesario que lo hubiera” (p. 37).

El capítulo que sigue, “El próximo presocrático: obras incompletas de Jorge Iván Cruz”, fue publicado originalmente en el periódico *Universo Centro*, en 2015. Recuperado aquí en una versión aumentada, recuerda la vida y bondades éticas de quien fuera profesor de filosofía de la Universidad de Caldas, un autor sin obra, fallecido en septiembre de 2014, y quien como docente

[...] encarnó dos ideas clásicas de la filosofía que son incompatibles, y que han desaparecido de las academias: la idea de que la sabiduría consiste en una forma de vivir antes que en la posesión de una teoría del mundo; y la idea de que no hay sabiduría porque no hay enigma, porque el problema de la vida no tiene solución, porque todo se disuelve en la muerte y al final nada importa. Esa paradoja definió su vida. (p. 52)

La memoria que Arango guarda de su amigo lleva el libro a trechos mucho más solemnes con los que recuerda episodios de la vida de aquel, relacionados con la bebida, sobre todo cuando “manifestaba una preocupación constante por ocultar que estaba borracho cuando estaba borracho”. Luego agrega:

Para eludir ese juicio había urdido una serie de tácticas, entre las que destacaban, en primer lugar, ataviarse con una bata blanca de profesor en las ocasiones en las que alcanzaba el más alto grado tolerable de intoxicación alcohólica (que no eran pocas), de tal manera que la gente se confundiera y pensara que, dado que estaba enjaezado con la indumentaria típica del profesor, el profesor Cruz estaba sobrio. El resultado fue que todos sabíamos que, cuando llevaba la bata blanca, Cruz era una nave estropeada conducida por un fantasma.

La segunda táctica consistía en que, cuando se sentaba a beber en alguna tienda o cantina cerca de la universidad, pedía que le sirvieran el aguardiente en una botella pequeña de Pony Malta. Hasta ahí, todo iba bien: dado que esas botellas son oscuras, es imposible

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>saber a simple vista qué contienen. Pero había un detalle que arruinaba el ardid: además de la botella oscura pedía una copa de vidrio transparente. (pp. 42-43)</p> <p>A continuación, aparece otro homenaje a un contertulio también desaparecido: el ajedrecista Óscar Castro, fallecido en Medellín en abril de 2015 y sobre quien cuenta, aparte de sus proezas en el ajedrez, breves episodios en la vida de un “genio que nunca quiso ejercer como tal”, al abrigo de los recuerdos del español Leontxo García, de Boris de Greiff, e incluso de Luis H. Aristizábal, reseñista de marras del <i>Boletín Cultural y Bibliográfico</i>. Este artículo también fue publicado en <i>El Malpensante</i> (edición 163, de mayo de 2015), cuando recién había muerto Castro en un hecho desafortunado. Páginas adelante, asoma la sombra del bebedor compulsivo que llegaba a altas horas de la madrugada al hotel en el que se hospedaba para participar en algún campeonato, la del nudista borracho que malbarataba el dinero de sus premios en lupanares y mariachis, el amigo que un día se desplomara en la avenida La Playa con Girardot de Medellín para romperse la cabeza y morir: “[...] en las fotografías del levantamiento está tendido debajo de un árbol, con las manos cruzadas sobre el pecho, como si se hubiera acostado a dormir” (p. 66). Un final triste luego de semejante salutación a un maestro que supo contestar con altura ante las acusaciones que alguna vez un funcionario de la Federación Colombiana de Ajedrez le lanzara por sus problemas de trago, instándole por lo mismo a buscar el verdadero causante de sus desgracias. Castro, impasible, respondería: “Me miro en el espejo y veo con sorpresa mi rostro surcado por arrugas, pero constato que la mayoría son de reírme” (p. 64).</p> <p>Finaliza <i>Grandes borrachos colombianos</i> con el texto “No bebas amigo: un sobrio perfil del Caballero Gaucho”, también publicado anteriormente en una versión corta por el periódico <i>Universo Centro</i>, en marzo de 2014. En este, Arango nos cuenta sobre la vida de quien fuera el intérprete de la banda sonora de los pueblos del Eje Cafetero, canciones que constituyen el “ruido de fondo de la vida de los borrachos desde hace más de cincuenta años”.</p>	<p>De aquella larga producción musical, refiere Arango, la canción “No bebas amigo” ha impulsado a varias generaciones de borrachos “al delirio alcohólico”, debido a sus notas y su letra. Del relato sobre la idiosincrasia de la región, el autor salta al análisis de estas piezas melancólicas justificando el consumo de aquellos pobres cristianos que desprecian la debilidad y la impotencia, y a quienes solo se les permitía sensiblerías y lágrimas en estado de beodez suprema: “Los hombres no lloran. O si lo hacen, tiene que ser por una razón aplastante”. Luego, se nos reconfirma el porqué: “No muestres tu dolor / no seas cobarde. / Niega que sufres / y tu pena esconde [...] / cuando llora un hombre / es que no le queda / ninguna esperanza” (p. 79). Se trata de artículos que, aunque rezuman algo de humor e ironía, dejan un sinsabor más cercano a los del borracho jubilado que a la feliz resaca del convencido.</p> <p style="text-align: center;"><b>Carlos Andrés Almeyda Gómez</b></p>	